

EXCLUSIVO

La Última Lección

El tenso, conmovedor, relato del día de la liberación: el 22 de abril de 1998. Horas antes Juan Julio Wicht había dado clase sobre el fracaso del marxismo.



Juan Julio Wicht no ha conocido la tregua después de ese día. Tal vez no la conozca más. Como los últimos 72 liberados ese día, tras la sangrienta reconquista de la residencia, reponerse en lo íntimo, componer el cuadro de la realidad vivida y padecida, alentar una nueva esperanza con respecto al Perú, tan presente en los días de cautiverio y de fe, tan urgido del juicio justo y el cabal ejemplo. Su testimonio, en un libro que presentará este 28 de abril, son quemantes, humanos y hermosos recuerdos y al mismo tiempo honda reflexión sobre lo que implicaron para el país y sus gentes los 126 días de cautiverio.

Escribe

JUAN JULIO WICHT, S.J.

Capítulo XVIII

22 de abril: el día 126

EL 22 de abril comenzó con las arengas de siempre y el breve desayuno de costumbre. Prometía ser un día más, en la aburrida rutina de la desesperanza, la ausencia de noticias, la sensación de que nada cambiaba, de que los cautivos seguíamos perdiendo todas las batallas, y con nosotros la posibilidad de lograr una verdadera paz. Cerpa Cartolini gritaba, como cada mañana, sus lemas desafiantes:
-¡Un mes es nada! ¡Dos meses son nada!
-¡Un año es nada -respondían con convicción los otros trece integrantes de su comando terrorista.
Ya plenamente despierto, miro hacia el centro de la habitación en que tengo mi sitio. El congresista Eduardo Pando, allí de pie, respira profundamente, quizás al ritmo de los gritos, para relajar la tensión.



[Juan Julio Wicht, hoy. El sacerdocio como compromiso de vida. El aliento de la fe, el perdón, el optimismo.](#)

El congresista Carlos Blanco ya debe estarse duchando con jarritos en el baño; no sé cómo hace, pero Carlos tiene una especie de despertador mental que nunca le falla.

En los últimos días, el comportamiento de Cerpa se ha endurecido volviéndose más intransigente de lo que ha sido en los meses anteriores. Ha prohibido las visitas médicas, excepto los domingos. Ha roto las negociaciones con el gobierno, anunciando que El Arabe no concurrirá más a las sesiones de la Comisión de Garantes. Y ayer lunes, luego de un simulacro de juicio popular contra el canciller Tudela, dirigiéndose a la totalidad de los rehenes, aulló:

-¡Todos ustedes van a morir!

LA ULTIMA LECCION

A las nueve de la mañana del martes 22 se me acerca uno de los terroristas jóvenes y me dice, de parte del *comandante* Cerpa, que si estoy de acuerdo en darles una de las charlas que suelo ofrecerles cada ocho o diez días, a su elección. Esta especie de cursillo sobre economía comenzó en febrero, a pedido de Roly Rojas, con el que he tenido ya tres o cuatro reuniones desde entonces.

El diálogo se desarrollaba en términos respetuosos, pero en ningún momento dejé de sentir un clima diferente al del salón universitario. Aunque las metralletas no estuviesen empuñadas, sino más bien arrimadas a la pared o a un mueble de la sala, entre el "profesor" y los "alumnos" no dejaba de haber la clara percepción de que quien tenía el mando, el manejo y el destino eran ellos y que yo no era sino un cautivo más.

Cerpa se aproxima al grupo para compartir la charla con Roly Rojas y Tito. Les hablé de la economía socialista, planificada desde el gobierno central, monopólica y burocrática, que no permite las formas privadas de producción y que sólo funciona en teoría, en los planes quinquenales.

En la vida real-les explico- no funciona porque prescinde de la naturaleza humana. El ser humano necesita libertad, tener iniciativa, tener estímulos y sentirse dueño y responsable del resultado de su trabajo... Les hablé del fracaso de la Unión Soviética y de cómo fue que se hundió su economía.



El operativo militar fue impecable, pero paralizó al país ante la sola idea de una masacre inmisericorde.

Para mi sorpresa -y satisfacción de "profesor"- tanto Rojas como Tito aceptaban que la URSS no funcionó y reconocían que, además de los abusos dictatoriales, el sistema no consiguió resolver los problemas de la pobreza y que sus deficiencias se hicieron cada vez más patéticas, a medida que la economía avanzó y se complicó, y el descontento aumentó en las poblaciones de la antigua Unión Soviética. Al llegar a este punto de las reflexiones los emerretistas se mostraban desalentados. Tito, con la mirada dura, me dice:

-Entonces, si hay que seguir las leyes del mercado, quiere decir que siempre habrá explotación, que siempre habrá explotadores y explotados... ¿Es así, padre, no hay otras alternativas?

Les respondo de inmediato:

-Siempre habrá el riesgo del abuso y de la explotación, por parte de quien tiene el poder. Y si se unen el poder económico con el poder político, como en Rusia, entonces el riesgo de abuso es mucho peor, como llegó a pasar con Stalin. En las economías occidentales la

democracia puede permitir la defensa de los derechos humanos y poner algún freno al poder de los grandes empresarios y capitalistas. Justamente ahí es donde hay que actuar: hay que defender los derechos de las personas, de los trabajadores; los derechos de los consumidores. No porque el empresario sea empresario va a tener patente de explotación y abuso. El papel del Estado es regular y proteger a las personas, por encima de las leyes del mercado; y el propio mercado -les decía- fuerza a los empresarios a ser más racionales y eficientes. La economía ha cambiado mucho desde la época de Marx.

ECONOMIA SOBRE UN VOLCAN

La charla de este martes 22 de abril ha durado más que de costumbre, quizás por la presencia inusual de Cerpa y sus preguntas, casi siempre encaminadas a probar las injusticias sociales. Esta mañana me demoré para explicarles que la pobreza en el Perú tiene explicaciones diversas y encadenadas: nuestro pasado colonial, que no cambió mucho después de 1821, y en épocas más recientes el fracaso del intento reformista de Velasco Alvarado, los pobres resultados económicos del segundo gobierno de Belaunde, el desastre del gobierno de Alan García y la debacle que representa una pérdida del 28% en el promedio nacional de ingreso *per cápita* entre 1987 y 1992, un verdadero desastre.

-Padre, explíquenos bien qué es eso del producto *per cápita*, y el ingreso *per cápita* -me dice Cerpa- cómo se calcula, y cuánto es en el Perú.

Les explico estos conceptos, y les digo que hoy nuestro ingreso nacional es muy modesto: está por debajo de la mayor parte de los países de América del Sur. Pero no es eso lo que más me preocupa, les digo a ellos, como lo he dicho tantas veces a mis alumnos de la Universidad del Pacífico. Lo grave es que con los 900 o quizás 1000 dólares de ingreso *per cápita* de los peruanos, en promedio nacional, hay algunos que están bien o muy bien. Pero hay muchísimos, la gran mayoría del país, que está mal o muy mal. Lo realmente preocupante no es tanto el promedio nacional, que es bajo, sino la desigualdad, las diferencias.

A Cerpa se le iluminan los ojos y exclama, triunfante:

-¿No ve usted, padre? ¡Usted está con nosotros!

-Un momento -le respondo de inmediato-, yo reconozco que hay injusticia en el Perú.

Reconozco que hay pobreza y que se debe a errores. Estoy de acuerdo en que debemos luchar contra esto. Pero no estoy de acuerdo con el método de ustedes, ni con la violencia para corregir injusticias, ni con esta injusticia que ustedes están cometiendo ahora.

Decepcionado, Cerpa me dice:

-Sí, padre, ya sabemos cómo piensa usted- se da media vuelta recogiendo su metralleta apoyada en la pared y da por terminada la charla.

Fue la última lección de economía para terroristas en mi vida de profesor. Los cinco que compartimos esta hora y media de "curso"

-Cerpa Cartolini, Roly Rojas, Tito, el analfabeto Raúl y yo- estuvimos a escasos dos metros del centro del salón: el punto exacto en que casi cuatro horas más tarde una gigantesca deflagración acabaría con un partido de fulbito y con la vida de seis u ocho terroristas. Más tarde he pensado con asombro cuántos comandos habría exactamente debajo de nosotros, con los explosivos y las armas a punto, mientras analizábamos el fracaso soviético, las leyes del mercado. . ., y qué podíamos hacer para tener más justicia en el Perú.

Después de esta última lección, nunca más volví a ver con vida a mis alumnos-terroristas

pero Cerpa tendrá aún tiempo para escribir una carta personal a monseñor Cipriani, que está delicado de salud y al que no vemos desde la mañana del sábado, hace tres días.



EL REY MUERE A LAS TRES

A las once y media de la mañana subí al segundo piso con la intención de leer un rato. Me encuentro en el pasillo con el congresista Luis Chang Ching, representante de la mayoría parlamentaria, presidente de la Comisión de Economía del Congreso. Me dice: -Juan Julio, juguemos una partida de ajedrez.

No tenía nada de particular, porque ya habíamos jugado varias partidas. Lo extraño fue que lo propusiera para esa hora: las partidas se jugaban por lo general a partir de las cinco o seis de la tarde, ya con velitas, o después de la comida de la noche, en lo que para nosotros era el final del día.

Chang Ching fue uno de los mejores ajedrecistas del encierro. Cuando llevábamos más o menos un mes de cautiverio jugamos la primera partida y me confesó que de niño había jugado mucho: ganó un campeonato en el colegio, cuando tenía diez años. Pero después había practicado muy poco. En la Embajada del Japón estaba muy desentrenado: le gané sin gran dificultad las primeras cuatro partidas. Las siguientes se hicieron cada vez más bonitas y difíciles, y me puse a apuntar las jugadas. Esta partida del 22 de abril resultó muy especial: estábamos más o menos parejos cuando llegó el almuerzo. Acordamos suspender la partida. Yo pensaba que mi posición era ganadora, pero apenas reanudamos el juego, Chang Ching me sorprendió con una jugada demoledora, no prevista por mí, que le dio la victoria en el movimiento 52. Casi a las tres de la tarde tumbé mi rey: faltaban 21 minutos. Chang Ching resolvió celebrar su victoria con una ducha de jarro y esponja en la tina del baño contiguo al dormitorio del embajador que compartíamos los rehenes del pabellón C, llamado VIP. Luego de guardar las fichas del ajedrez, resolví consolarme de mi derrota leyendo el número de la revista *Selecciones* que había comenzado la víspera.

En nuestro pabellón, el dormitorio principal, los horarios y las actividades no estaban estrictamente organizados, como en los pabellones A y B de los militares y policías: ellos a esta hora tenían silencio obligatorio, entre 3 y 4:30 para hacer una siesta, dormir o leer, sin incomodar a los demás. Nosotros, quizás menos disciplinados o rígidos -¡al fin y al cabo había cinco congresistas!- no teníamos cartelitos con horarios pero habitualmente hacíamos una siesta o leíamos en silencio.

Cada uno tenía su rincón o sitio habitual; el mío estaba cerca de una ventana que daba al este, hacia el jardín interior con el toldo, y con gusto lo cedía por las mañanas al compañero que quería recibir un poco de sol a través de las rejas.

CHISTES IDIOTAS PARA LA SIESTA

Debían de ser las 3 y 10 minutos de la tarde cuando se acerca a nuestra habitación, muy pausado, el vicealmirante Luis Giampietri. Hombre de la inteligencia naval, desempeñaba ahora un cargo civil: presidente del Instituto del Mar del Perú. Se acerca a cada uno de los que estábamos leyendo o adormilados y en voz muy baja nos dice:

-Tranquilos, quédense donde están, no se muevan, no bajen por ningún motivo al primer piso... Vienen a liberarnos.

Eduardo Pando estaba también leyendo en su colchoneta *Madame Bovary* de Flaubert, uno de los libros predilectos de Mario Vargas Llosa. Con igual sigilo se le acerca el embajador de Bolivia, Jorge Gumucio Granier, y le dice:

-Mantén la calma. Vienen a rescatarnos en unos minutos.

Advertí las miradas cómplices de Pando hacia los que estábamos en la habitación, pero nadie dijo nada. Supuse de inmediato que era una broma, como tantas otras que nos hacíamos para combatir el aburrimiento, muchas veces con humor negro, como aquella de: "Qué tal si vamos preparando las canciones para Navidad, porque la vez pasada no nos salieron muy bien...".

Ciertamente, parecía una broma montada por alguno de los humoristas, que de algún modo habría convencido a dos personas muy serias, el embajador Gumucio y el vicealmirante Giampietri, para secundar la broma. Decidí seguir leyendo *Selecciones*. Minutos después se me acerca Eduardo Pando con algo más que un rumor o una broma:

-Juan Julio, ayúdame, tenemos que mover este escritorio.

El pesado mueble escritorio, colocado allí por Cerpa, cerraba el paso a la doble puerta, de madera hacia el interior y de metal por fuera, que comunica el dormitorio principal con la terraza y con la escalera hacia el jardín. Nos habían advertido que esa puerta no se abriría jamás y que por fuera estaba minada con cazabobos, de modo que era suicida intentarlo.

Para mi asombro, apenas removimos el pesado escritorio, uno de los rehenes abrió la puerta de madera. Por primera vez pudimos ver que del otro lado, efectivamente, había una contrapuerta de acero hacia la terraza. Retiramos la tranca y entreabrimos la puerta.

Me quedé paralizado y miré instintivamente hacia el pasillo, por donde hacían su recorrido de vigilancia los centinelas del MRTA.

23 de Abril, 1998 - N° 1513